

Café, café

En aquellos años de la posguerra y de la escasez, para significar que se quería café y no cualquiera de los sustitutivos que entonces se empleaban, debidos en muchos casos a la imaginación picaresca de algunos de nuestros compatriotas, se decía: «Quiero café, café», e incluso en algún anuncio de bares o cafeterías se decía: «Aquí sólo se despacha café, café».

Quizá por la relación, y porque en el aspecto político también estamos ahora en nuestro país, y desde hace cuarenta años, en período de escasez democrática y de participación, se me vino a la imaginación lo del café, café, al pensar en el pomposamente llamado Consejo de Comercio Interior y de los Consumidores.

La experiencia no puede ser más triste. El bien intencionado señor García de Pablos, que se tomó muy en serio su papel, tuvo que dimitir rápidamente, porque sólo encontró dificultades al intentar averiguar

en la maraña del mundo de nuestros precios y defender a los consumidores. Al sustituto, señor Ruiz Gallardón, le auguramos larga vida en su cargo.

Pero como lo demuestra todo lo sucedido hasta ahora, es un intento imposible. ¿Cómo se va a organizar el control del poder ejecutivo, en este caso del Ministerio de Comercio principalmente, por un organismo nombrado por y dependiente del mismo Ministerio? Ese órgano debe llamarse Consejo del Ministerio de Comercio sobre Comercio Interior y sobre los Consumidores. Así no habría posibilidad de llamarse a engaño.

A los consumidores sólo les pueden defender, frente a la Administración, los partidos políticos de la oposición, unos sindicatos libres de los trabajadores y unas asociaciones democráticas y sin trabas de consumidores. El problema es el de siempre. Sobra mucha achicoria y otros sustitutivos del café. Lo que hace falta es café, café.

Por sus palabras los conoceréis

En este país el hacer política es un privilegio para algunos y puede suponer la comisión de un delito —de asociación ilícita, de propaganda ilegal o de reunión ilegal— para otros muchos. Pero incluso algunas de las personas del régimen que se lanzan ahora a hacer política al amparo de las asociaciones del Consejo Nacional son desconocidas para los ciudadanos, incluso para aquellos que, como este modesto acotador, se dedican a seguir de cerca la política en nuestro país. Sólo sabe de ellos, por supuesto, que son lo que tradicionalmente se llaman de derechas, pero poco más. Ahora no tienen más remedio que decir alguna cosita más. Ese es, por ejemplo, el caso de don Leopoldo Stampa, presidente de ANEPA, que está haciendo una gira política por el país. A través de esa gira nos enteramos un poco más de su pensamiento político. Escogemos al azar, de su estancia en Zaragoza, alguna de sus afirmaciones.

Dice en su entrevista el *Heraldo de Aragón* que «no entiende el significado de la distinción entre derecha e izquierda», lo cual es muy grave si se quiere dedicar a la política, porque ésa es una clave para ana-

lizar la marcha de la historia.

Ante la pregunta de si defienden, él y sus amigos, los derechos humanos, contesta:

«¿Me cree usted inhumano? Nosotros deseamos la realización de la justicia. La libertad política, como afirma Montesquieu, es hacer lo que las leyes permiten; las leyes las dicta el pueblo a través de un mecanismo jurídico, el Estado.»

También dice que en Europa se está evolucionando hacia nuestro sistema. Estas y otras muchas son las aclaraciones del pensamiento del señor Stampa. No parece ni muy moderno ni muy europeo y sí, por el contrario, algo confuso. ¿Cómo se puede mezclar a Montesquieu con sus planteamientos? Esto es lo malo de tener que concretar; antes era más sencillo. Si estas definiciones siguen, las desmitificaciones se van a hacer por sí solas. Si alguna vez hay elecciones por sufragio universal, ya veremos cuántos votos tienen estos planteamientos y comprenderemos entonces por qué esas personas de derechas son enemigos del sufragio universal.

G. P.-B. M.